

DAVID PÉREZ VEGA

ESTO NO ES BAMBI



Macleín *y* Parker

Primera edición

Junio de 2021

Del texto

© David Pérez Vega, 2021

De la cubierta

© David Moreno, 2021

www.instagram.com/chateras74

De esta edición

© Macleín y Parker, 2021

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-123478-3-8

Depósito Legal: SE-1028-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Esta novela está dedicada a todas las víctimas de las llamadas Big Five que —tras el escándalo del caso Enron— pasaron a ser las Big Four y a nadie le extrañó que no perdieran el big por el camino.

Como fuiste implacable, / soy implacable.

PABLO NERUDA

Porque escribí no estuve en casa del verdugo.

ENRIQUE LIHN



MARTA MARÍA LINDSAY DE AGUIRRECOECHEA MUROS,
A3. ÚLTIMOS CUATRO DÍAS DE AGOSTO-SEPTIEMBRE DE
2000.

—La hora de salida es a las ocho y media de la tarde, y recordad que, a partir de mañana, no entramos a las nueve sino a las ocho y media de la mañana —dice Pepe, el profesor.

Nos dejan una hora para el lunch, así que son once horas de curso al día. ¡Qué megapasada!, pienso, mientras mis ojos se pasean por este sótano sin ventanas de color azul quirófano, con un gotelé gordito que hace que se arruguen las paredes. Además, es que ni tan siquiera hay cobertura para los móviles en esta penuria de aula 13, en este centro de formación al que nos han hecho venir, muy cerca de Gregorio Marañón.

Hoy es lunes. Nos hemos presentado a primera hora; de pie y por turnos, hemos compartido con los demás nuestros nombres, formación y aficiones. Y el profesor, Pepe Redondo (nos ha dicho que lo llamemos Pepe), nos ha

contado que aquí hay nuevos auditores del departamento financiero, pero que casi todos son del de telecomunicaciones y energía. Yo, en realidad, no pertenezco a ninguno de los dos. Voy a trabajar en consultoría actuarial, valorando empresas, y por eso está bien que haga este cursito inicial de contabilidad. Lo malo es que no voy a ir después al curso de Chicago. Me da penita esto, porque, aunque he estudiado la carrera en USA, en Miami, no conozco Chicago. Cuando iba a volver a España, papi me dijo que había hablado con su amiguísimo Pedro del Arco-Botia, que es socio de William Golding, y que su empresa sería un buen sitio para empezar a trabajar. Tenía que hacer las pruebas de selección, pero vamos, le dijo Pedrote a papi, que ya estaba dentro si yo quería. Y así, con este empleo esperándome en Madrid fue menos hard perder a Rolando, mi cubanito de Miami (que nunca presenté a los papis); Rolando, mi mulatito guapo y hot de Miami.

Las clases las da Pepe, que es senior y tiene dos ayudantes, Lourdes y Clara, que son A4: el año pasado ellas fueron A3 e hicieron el curso como nosotros ahora. Pepe fue su profesor, nos cuenta Clara. Se miran los tres y se ríen, con ojos muy rojitos, me fijo (estoy en la primera fila).

El segundo día empezamos con los quizzes. Me gusta que se usen palabras en inglés, después de cinco años en Miami se me han olvidado algunas del español (me he sonreído, por ejemplo, al leer el programa del curso porque pone «coffee break» a media mañana y media tarde, y no una cosa fea como «recreo» o «intermedio» o algo así).

Se lee en voz alta el tema del libro, se resuelven ejemplos, hacemos ejercicios en grupo y luego nos entregan los quizzes. Nos reparten varios a la vez, con el tiempo marcado arriba, ¡cinco minutos!, ¡siete minutos!; y hala, ¡a entregar!, hayas acabado o no, casi sin tiempo para pensar. Y yo tengo que traducírmelos al inglés.

A partir del miércoles por la tarde los quizzes se complican y empiezo a echar miradas a las hojas del chico que está sentado a mi derecha. Se llama Alfonso Molina y parece un morito. Es casi más oscuro de piel que Rolando, mi mulato, pero Alfonso no es guapo ni está hot. Atiende superserio a todas las explicaciones y habla poco. Yo soy simpática con él, se nota que sabe mucho y que me puede ayudar. No se da cuenta de que copio de sus quizzes. Pepe y sus ayudantes también parecen mirar hacia otro lado, y yo lo hago superbien, con cara de inocente. Soy una estrella del disimulo; cómo me gusta jugar a ser una niña mala.

A la hora del lunch estoy quedando estos días con Cucho, que fue mi noviete durante la época del colegio, y desde que he vuelto de Miami hemos retomado, más o menos, aquella relación; o, más bien, hemos empezado otra, porque ahora somos mayores. Él trabaja por el centro de Madrid de comercial jefe, en una empresa que invierte en sellos o cosas así, me ha dicho. No sé qué hace, en realidad. También —desde que regresé de Miami no paro— me he estado viendo con Román Ferrati, un amigo de papi, que es un madurito muy interesante. Me gustan su canitas a los lados de la cabeza, sus trajes y la elegancia con la que me trata. Los restaurantes y hoteles a los que me lleva me encantan. Al pobre no le hacen caso su mujer ni su hija,

que es una hippiosa que casi tiene mi edad; pero sus rastas guarrindongas, dice Román, no se parecen en nada a mi pelo rubio y sedoso, y con mis ojos verdes yo soy como una muñequita; una barbie de tamaño real, me dice Román. Y yo le sonrío y él me sonrío y las arruguitas de su cara y las canas de las sienes se agitan y brillan como el lomo de los delfines que saltan en el Caribe.

No solo hay aquí, en la clase 13, compis que van a trabajar en la oficina de Madrid, también hay otros de las ofis de Bilbao y de Barcelona, que ya el martes preguntaron a los demás si se querían quedar a tomar algo. Hoy miércoles lo vuelven a hacer, aunque el curso se ha alargado y no son las ocho y media de la tarde, sino las nueve. Los pobres salen de aquí y nadie los espera, tienen que volver a su hotel y prefieren salir. Yo los entiendo, pero sonrío y me disculpo, hoy he quedado y les prometo que otro día de verdad, de verdad, me apunto. Voy a cenar con Cucho.

Al salir del centro de formación casi lloro. Ha ocurrido una superdesgracia: mi coche, mi *golfito*, ha desaparecido. Llamo a Cucho, porque no le quiero dar el disgusto aún a papi, y él me dice que llame a Tráfico, por si se lo ha llevado la grúa. Le digo que yo no sé y le doy la matri y lo hace él. Luego me llama y me dice que sí, que mi *golfito* está en un sitio superhorrible que se llama «el depósito» (como «depósito de cadáveres») y que hay que recogerlo al día siguiente. Me dice también que me pasa a buscar en su coche.

El jueves empieza como megamal. Tengo que ir a Madrid desde Pozuelo —¡desde «mi Pozi»— en esos medios de

transporte extraños que nunca uso: el autobús y el metro. Me monto en ellos intentando no tocar nada, qué gérmenes no tendrán las barritas verticales esas que salen del techo. Y además llego solo un poco tarde, veinte minutos, y cuando llamo a la puerta de la clase 13 oigo risas desde fuera. Me abren y todos me miran y se ríen, con lo mona que voy hoy, encima, con mi vestido rojo kojak. Lourdes, la ayudante, mueve una caja de cartón con una ranurita arriba, delante de mí, una hucha, mientras Pepe me dice que quien llega tarde tiene que pagar veinte duros o contar un chiste. Yo le hablo de mi *golfito* en el depósito y mi madre que tiene que ir a recogerlo y él se ríe, y la gente corea en bajito: «¡Chiste, chiste!». Y yo abro mi bolsito, mi bolsito de firma que hace juego con el vestido y que he tenido que abrazar en el transporte público y, aunque me parece superinjusto, echo veinte duros en la caja, que hacen un ruidito tonto, y me siento.

Esta mañana noto un ambiente distinto en la clase. Muchos se conocen de las universidades privadas de Madrid, de EDACI y FENUC principalmente, pero a la hora del coffee break veo que algunos, los que ayer se juntaron con los del hotel, comparten bromas con sobreentendidos que nos dejan fuera a los demás. Luego, Pepe comenta que algunos (entre ellos él) se quedaron a tomar algo el día anterior en un irlandés que está en la esquina. Nos invita a todos a unirnos.

Pepe va cortando sus explicaciones y pregunta cosas de conta; solicita voluntarios y algunos levantan la mano, sobre todo lo hacen los que llevan working in Golding desde enero y hacen los cursos ahora.